

LA PREOCUPACIÓN

por Francisco-Manuel Nácher

La preocupación es uno de los peores males que aquejan a la humanidad de hoy. La gente se pasa la vida preocupada y, consecuentemente, infeliz.

Pero, ¿qué es la preocupación? ¿Cómo se genera y cómo se mantiene y, sobre todo, cómo se combate?

La preocupación es una zozobra permanente, una angustia, percibida hasta físicamente en la boca del estómago, que sobrenada a todas las vivencias de la existencia cotidiana. Es como un negro nubarrón que cubre todo el campo visual y lo ennegrece y hace que nos sintamos inermes, desamparados e impotentes ante algo indefinido pero perceptible, peligroso e inminente.

Empieza con un parásito de la mente que, rápidamente, pasa al cuerpo de deseos y, en él, prolifera y lo llena. Su influencia se hace tan preponderante que el individuo atacado se ve casi imposibilitado de razonar, de ejercitar su fuerza de voluntad y hasta de recibir los mensajes de la intuición.

Y, ¿de dónde sale ese tan peligroso parásito? Es una creación de la mente. Es la forma mental de una posible desgracia más o menos inminente, pero siempre futura. Esta forma mental la podemos haber producido nosotros mismos o podemos haberla captado del ambiente, fabricada por otros. Una vez alojada en la mente, y siguiendo el proceso normal, – no olvidemos que el pensamiento es creador - llega al cuerpo de deseos y produce allí la correspondiente vibración, que tratará de materializarla en los planos etérico y físico.

Todos los días, cada uno de nosotros creamos decenas de esas formas mentales. Pero, generalmente, son contrarrestadas por otras opuestas y, por tanto, anuladas, abortadas antes de llegar a perjudicarnos. Cada temor, cada pensamiento sobre algo desagradable que puede sucedernos, a nosotros o a quienes queremos, es de esa clase,

pero los compensamos inconscientemente con el subsiguiente deseo de que no ocurran – deseo que lleva implícita la forma mental creadora correspondiente – y, como suelen ser más intensos esos deseos que los temores primeros, los anulan protegiéndonos así del virus inicial, de un modo casi imperceptible para nosotros.

En este trabajo, sin embargo, nos estamos refiriendo a los que no llegan a ser anulados de ese modo, sino que acaban pudiendo con nosotros y deformando completamente nuestra visión de la realidad.

Dos son los motivos que dan origen a esta situación, desgraciadamente tan frecuente:

1.- El tener centrada la conciencia en el plexo solar. Esto equivale a vivir en el plano de los deseos inferiores. Si tenemos en ese nivel centrada la vida, en el plano de lo material, de las necesidades más o menos perentorias y más o menos en peligro, si nos guía el egoísmo y carecemos de amor verdadero por los demás, ese germen encontrará en el cuerpo de deseos el terreno abonado. Y crecerá rápidamente, fomentando su propia vibración, hasta alcanzar tal tamaño, tal intensidad, que anulará nuestra voluntad. La angustia crecerá y nos dejará sin fuerzas para vivir debidamente, para enfrentarnos a los problemas, para ver con claridad el futuro, sin esperanzas de éxito y, por tanto, débiles y sin defensa. Y desgraciados.

2.- La falta de fe en algo superior al plano físico. Si se cree sólo en la existencia de lo físico y, por tanto, se piensa que después de la vida no hay nada, lo lógico es preocuparse solamente por las posesiones físicas y los placeres materiales y la posición social, el poder, la fama, la riqueza, el prestigio, la presunción, la ostentación, etc. Pero, como nada de eso es perdurable, pues el materialista ve cómo los amigos y parientes se mueren, de accidente o de enfermedad, y se lo dejan aquí todo; y, cómo los ricos pierden su riqueza inesperadamente y los que mandan pierden el poder, y los célebres hoy mueren mañana en el anonimato, cualquier circunstancia que pueda suponer un peligro de perder lo que tanto valora, le hace concebir la forma mental de la desgracia subsiguiente, forma mental que cumplirá su misión infestando su cuerpo de deseos. Y, como su falta de fe le impide acogerse a ningún áncora de salvación, ese virus astral acaba por dominarlo y hacerlo desgraciado, tanto si lo que ha imaginado y espera se produce como si no. Y, en el peor de los casos,

atrayendo lo temido, como consecuencia de la retroalimentación de la correspondiente forma mental.

La manera más racional de enfrentarse a tal situación es el razonamiento siguiente: “El problema que preveo, o lo puedo resolver o no puedo. Si puedo, he de luchar, desde ahora, con todas mis fuerzas por evitar que llegue y, por tanto, no tiene sentido la preocupación y sí la concentración, el esfuerzo y la confianza. Y, si no puedo hacer nada en contra, entonces es ilógico e impropio preocuparme”.

Los únicos, sin embargo, que pueden hacer frente eficazmente a la preocupación o, mejor, evitar su nacimiento y su proliferación, son los estudiantes serios de la Filosofía Rosacruz y, sobre todo, los probacionistas. Y ello porque han estudiado y conocen el funcionamiento de las leyes naturales y, por tanto, el cómo y el por qué de las cosas, y ya no están – o no deberían estar - en el nivel anterior. Ellos ya han comprendido y sienten con cierta frecuencia, lo que es el amor desinteresado y altruista, y saben servir inegoístamente a los demás y, por tanto, los problemas de los demás están al mismo nivel que los propios o, incluso, delante. Y ello ha hecho que su centro de conciencia, se haya elevado desde el plexo solar hasta el corazón. (Ya no sienten la opresión ni el cosquilleo vital en la boca del estómago en los momentos de tensión de cualquier clase, sino en la región cardíaca). Y ese amor verdadero y esos conocimientos ocultos, insensiblemente, los han ido robusteciendo, y dotando de una confianza, - desconocida en el caso anterior - no sólo en Dios, sino en las propias fuerzas, en las leyes naturales y hasta en la bondad intrínseca del prójimo.

El estudiante de la Sabiduría Occidental no teme nada mientras holla debidamente el Sendero. Se sabe parte de Dios. Es consciente de que su futuro está en Sus manos. Y sabe que los problemas que haya de afrontar son consecuencias de sus anteriores actuaciones, deudas pendientes; o son pruebas que ha de superar. Y que, en ningún momento, debe darse por vencido ni desesperar porque, inevitablemente, todo pasará y los esfuerzos de hoy darán su fruto. Y siente, en lo más profundo de su ser, que nunca, en ningún momento de su vida, está solo ni abandonado, sino que siempre tiene a su disposición una provisión inagotable de amor y de fuerza interior y de fe y de confianza y de seguridad y de certeza en el éxito final. Por eso el ocultista se nos dice que ha de ser valiente. Muy valiente. Porque en esos niveles habrá de afrontar peligros y problemas y situaciones, cada vez más complicados y

más inesperados y más abrumadores. Porque eso es, precisamente, ese Sendero que está empeñado en transitar.

Curiosamente, el nivel de espiritualidad, de avance espiritual de los países, lo mismo que el de los individuos, se puede observar en el grado de preocupación que contienen sus vidas. Los pueblos viejos ya han incluido en su conciencia colectiva el conocimiento de que “la preocupación nunca ha resuelto ningún problema” y, por tanto, van directos a éste sin pasar por la preocupación. Los países jóvenes, en cambio, por serlo, se quedan en la preocupación, que los hace desgraciados sin motivo, – puesto que la desgracia temida aún no ha llegado ni se sabe si llegará – les obnubila la razón y les hace adoptar posturas y actitudes extremas, a veces ridículas y hasta desproporcionadas, que les conducirán a resultados no deseables, de los que tendrán más tarde que extraer la oportuna lección. Exactamente como los individuos.

* * *